

EN LEBRIJA, CON LOS DE 'ORATORIO'

el espectáculo que llevarán a Nancy. En el corro de bebedores de vino y comedores de queso está también Alfonso Jiménez, su autor y prácticamente un hombre integrado al trabajo colectivo del grupo.

—¿Cuándo hicisteis «Oratorio» por primera vez?

—En el sesenta y ocho montamos «El cepillo de dientes», que, pese a parecernos un texto valioso y a representarlo tras muchos ensayos, no interesó al tipo de público que nos sigue. Quisimos hacer luego un espectáculo muy distinto y pensamos en varias obras breves. No pudo ser, y entonces pedimos a Alfonso unos poemas, sobre los cuales hicimos la primera versión de «Oratorio», muy distinta de la actual. Los actores vestían pantalón y camisa negros, y el espectáculo se limitaba prácticamente al recitado de poemas. Tras esa primer «Oratorio» fue cuando Alfonso, otro compañero y yo nos fuimos a Madrid para estudiar y trabajar en el Centro Dramático. Forzamos a Alfonso a que acabase «Oratorio» y lo presentase al Premio Delfín, que ganó. Decidimos que la nueva versión, mucho más extensa y estructurada que la primera, la montaríamos en Lebrija. Sin embargo, vinieron luego unos meses en los que «Oratorio» no nos satisfacía, porque nos parecía que se trataba de una serie de textos muy importantes que no podían ser trabajados para llegar al público del modo teatralmente expresivo que nosotros queríamos. Sin embargo, a raíz de mi viaje al Festival de Nancy —al que acudimos varios alumnos del Centro— y de nuestro montaje de «Noviembre y un poco de yerba», de Antonio Gala, nos replanteamos «Oratorio», aunque seguíamos temiendo que nos condujese a una comunicación exclusivamente verbal. Empezamos entonces a improvisar escenas a partir de una historia propia.

Alfonso Jiménez se levanta y viene rápido hasta el magnetófono.

—Naturalmente, mi texto es sólo una propuesta al grupo y a su director, quienes deben encontrar la forma de expresar teatralmente la violencia que contiene. «Oratorio» ha sido estrenado por diversos grupos españoles y en ninguna parte se han limitado a decir el texto.

Sigue ahora, hecha esta aclaración llena de sentido, Juan Bernabé:

—Comenzamos a buscar signos y elementos que enraizaran la obra y dieran al espectáculo una violencia expresiva a través de los rostros y los cuerpos, de los gritos y los silencios, sin quedarnos solamente con la palabra. Esta nueva versión se estrenó el veintinueve de agosto del sesenta y nueve, en Jerez de la Frontera, en una especie de sinagoga, con los espectadores a nuestro mismo nivel, y

tuvimos ya la sensación de que habíamos conseguido lo que queríamos.

—¿Dónde habéis hecho «Oratorio»? ¿En qué pueblos?

—El Cuervo, Puebla de Cazalla, Dos Hermanas, Sanlúcar de Barrameda, Puerto de Santa María, Jerez, Puerto Real, El Bosque, Ubrique, Prado del Rey, Chiclana, Rota, Trebujena... Sin contar «salidas» a capitales, como Palma, Salamanca, Sevilla o Cádiz. En todo caso, Nancy, con las representaciones previas y las posteriores, prometen ser una interesante piedra de toque frente a públicos diferentes al nuestro.

¿Y LUEGO?

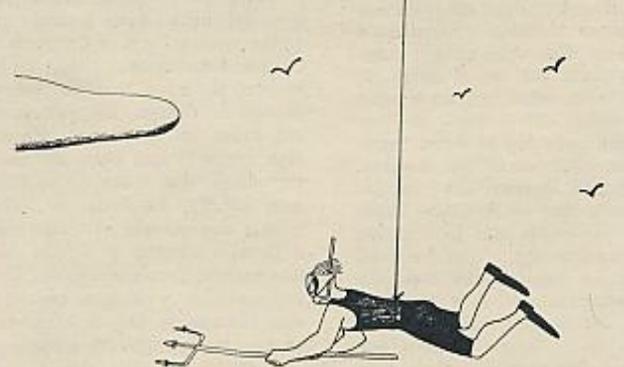
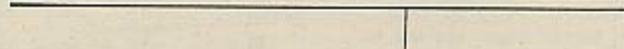
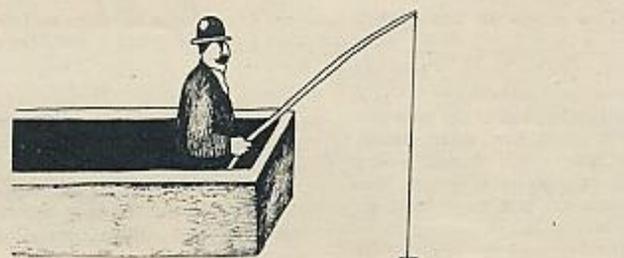
A nuestro lado, Modes, la maestra agobiada por las oposiciones, va pasando el álbum de las fotografías de los montajes del grupo. Hay bastantes más títulos de los citados por Bernabé. Nos llama la atención una foto de la representación del «Auto de la compadecida», enmarcada en un ámbito de viejo teatro ambulante, alzado ante aldeanos cogidos en un día de fiesta o al acabar la faena. Hablamos de la acogida que «Oratorio» mereció en Sevilla durante sus recientes representaciones en el Museo de Arte Contemporáneo. Bernabé, creo que irónicamente, me cuenta que algunos de los componentes de los grupos de la «capital» se preguntaban, compasivamente, qué hará el Teatro Estudio Lebrijano después de «Oratorio». La pregunta es significativa y sugerente. Quizá sea una de las pruebas del grado de falacia a que ha llegado el arte contemporáneo. Si pensamos un poco, recordaremos que suele formularse cada vez que una persona o un grupo traspasan con su obra la línea donde muere la artesanía, el juego ideológico y el oficio. ¿Qué podría hacer quien quisiera ir más allá? ¿Será que en el teatro español, después de un poco de verdad, sólo queda la marcha atrás o el silencio?

Pienso, sin lorquismo emocional alguno —Dios me libre—, en García Lorca. Y se me ocurre que «Oratorio» es, con nuevos signos y lenguaje, la primera respuesta contemporánea del teatro andaluz en la línea más rigurosa de su estética. Con la diferencia, claro, de que «Oratorio» alcanza un grado de creación colectiva que no podía darse en el trabajo de García Lorca, más individual y aristocrático, aunque no menos atento a la realidad popular inmediata. A esa realidad que él calificó de agraria a propósito de «Bodas de sangre», usando unos conceptos que repiten a menudo estos muchachos del Teatro Estudio Lebrijano en las notas de sus programas... ■ J. M.

OPS



OPS



OPS

